

## EL TRABAJO COMO ESCRITURA.

Notas sobre la sociología como género literario.\*

Carlos Virgilio Zurita\*\*

El trabajo del sociólogo se manifiesta, se constituye como tal, a través de la escritura. Esto lo sabe, y a veces lo padece, todo el mundo académico: para demostrar(se) que uno existe, hay que escribir. Los estudiantes, graduados y postgraduados deben dar señales de vida institucional, y aun personal, bajo la forma de monografías, artículos, tesis y, quizás, libros.

Estas notas discurren sobre los bordes y territorios de intersección de la sociología con la literatura en el nivel de las prácticas, y procuran comenzar una indagación acerca de las presuntas razones por las cuales el problema de la escritura habitualmente no forma parte de la agenda curricular de las ciencias sociales en Argentina, señalando los inconvenientes que tal ausencia puede ocasionar, tanto en la trayectoria profesional como en el desarrollo personal.

El proceso de formación del sociólogo tiene que consistir no sólo en una instancia académica en la que se proporcionan conceptos teóricos y herramientas metodológicas, sino también en la enseñanza –y el aprendizaje- de un oficio. Esto, en cierta medida, implica retomar y actualizar las propuestas de Wright Mills sobre artesanía intelectual. En esta perspectiva, los planes de estudio de grado y postgrado en sociología tendrían que incluir un ámbito destinado a lo que se conoce como “escritura creativa”.

Resultaría muy provechoso que los sociólogos, en tanto productores de relatos escritos sobre la sociedad, adviertan que la elaboración de su identidad profesional debería inscribirse en una genealogía que incluya, por dar un ejemplo, no sólo a Weber, Marx y Germani, sino también a Flaubert, Borges y Piglia.

### 1. Resistencias de la escritura

¿Cuál es la significación de la escritura en el proceso de producción sociológica? Tanto en la enseñanza universitaria como en los textos de metodología, se suele imaginar a la escritura, o más precisamente a la *redacción*, como una “etapa” –natural e insoslayable-, a la que se considera como una instancia final, aunque nunca decisiva, en la pauta trayectoria de elaboración de materiales académicos.

Queremos llamar la atención sobre dos aspectos: el acto de escribir no es necesariamente *natural*, y la escritura no es *inerte*, es decir, sin consecuencias sobre lo que se pretende expresar.

---

\* Estas páginas constituyen un anticipo de un trabajo más amplio que hemos planeado con Marina Farinetti sobre la escritura en ciencias sociales. Gran parte de las ideas que aquí se exponen fueron discutidas con ella, quien, sin embargo, no es responsable de algunas de las afirmaciones que se vierten, ni de las inconsistencias que puedan encontrarse. Poco antes de su lamentado deceso, Eduardo Archetti me hizo llegar estimulantes sugerencias sobre una versión preliminar de estas notas. También agradezco las observaciones de José Andrés Rivas y Alberto Tasso.

\*\* Sociólogo. Docente en la UNSE y UNT y profesor visitante en El Colegio de México.

No resulta “natural” porque proviene, ya sea de una imposición interior o, en el caso de la escritura académica, de una amenaza externa: los plazos de entrega de informes de investigación o de *papers* para congresos o revistas.

Pero sobre todo el proceso de escritura no constituye una actividad inerte ni pasiva en la que sólo se pone por escrito lo previamente observado o, en el mejor de los casos, comprobado, en las diversas visitas a la realidad social. La escritura no es la mera transcripción de la investigación ya realizada y concluida, ni consiste en una etapa *posterior*, sino que ella forma parte del proceso mismo de la investigación.

Como se verá más adelante, la mayoría de los científicos sociales no acostumbran a proporcionar testimonios explícitos acerca de sus procedimientos y formas de trabajo sobre cuestiones expresivas y estilísticas, sin embargo algunos autores del amplio espectro de las ciencias humanas (desde Sartre a Foucault, desde Barthes a Bourdieu, desde Hobsbawm a Darnton, desde Simmel a Adorno, desde García Canclini a Sarlo...) han resaltado no sólo la naturaleza creativa de la experiencia de la escritura, sino su carácter abierto y constitutivo. En rigor, cada escribiente que se propone redactar una tesis o un artículo no puede sino advertir que la escritura impone para realizarse no sólo la elección de palabras –del vocablo o la sintaxis adecuada– sino, a menudo, también de la redefinición de conceptos y, hasta, de lo que se consideraba evidencias.

Adequar las palabras a los pensamientos: para utilizar las palabras pertinentes a veces tenemos que modificar nuestros pensamientos. He aquí lo inquietante y promisorio del proceso de escribir: es una tarea que impone modificaciones y reexámenes, tensiones permanentes entre el sentido y la expresión de los conceptos, entre las visiones del mundo y los relatos sobre el mundo. Pero cuando se congracia contenido y forma, cuando se produce la articulación del estilo argumentativo con el estilo narrativo, entonces se puede acceder a una creación comunicable.

Presumimos que el acto de comunicación, ya sea la verbalización o la escritura, no resulta espontáneo ni pasivo. Tomemos el caso de la descripción, quizás la forma expresiva que parece más simple y menos mediada por los paradigmas retóricos, ya que se trataría simplemente de “contar lo que se ve”. Ahora bien, ¿qué vemos, desde dónde lo vemos y cómo lo contamos? Los problemas y dificultades de la descripción<sup>1</sup> se muestran en la novela *El palacio de la luna*<sup>2</sup> de Paul Auster. Fogg, un joven egresado de la Universidad de Columbia<sup>3</sup> que pretende ser escritor, es contratado por un ciego para que le lea libros, lo pasee por los alrededores de su casa y le cuente lo que ve. En cierto momento, ante los reclamos del ciego, Fogg se da cuenta de que lo que le parecía lo más simple y natural del mundo no lo sabe hacer: no sabe describir y debe aprender a hacerlo.

*Me di cuenta de que nunca había adquirido el hábito de mirar a las cosas con atención.*  
(130)

*El esfuerzo de describir las cosas con exactitud era precisamente la clase de disciplina que podía enseñarme lo que deseaba aprender: humildad, paciencia y rigor. (...)*

*¿Qué ves? Y eso que ves ¿cómo lo expresarías en palabras? El mundo nos entra por los ojos, pero no adquiere sentido hasta que desciende a nuestra boca.* (131)

<sup>1</sup> Minuciosamente abordados por Flaubert e impecablemente resueltos, entre otros, por Azorín o Robbe Grillet. En el caso de las ciencias sociales, la exhaustividad descriptiva de Adam Smith y Marx continúa siendo una referencia permanente e ilustrativa.

<sup>2</sup> Editorial Anagrama, Barcelona, 1999.

<sup>3</sup> Visiblemente, un *alter ego* del autor.

La escritura posee autonomía, el lenguaje ofrece resistencias. Pero así como se aprende a dibujar o a ejecutar un instrumento, también se puede aprender a escribir, mediante la práctica persistente, la lectura y la guía de maestros. Éstos pueden enseñar a escribir, o al menos, en términos de Abelardo Castillo, enseñar a corregir.

## 2. La escritura ausente

En los últimos años, diversas circunstancias, entre las que cabe mencionar, tanto a la proliferación de maestrías y doctorados que requieren de la elaboración de tesis, como a la generalización de estándares de evaluación académica de investigadores de las Universidades estatales<sup>4</sup> en los que el rubro “publicaciones” desempeña un rol decisivo, han contribuido a conceder relevancia a la problemática de la escritura.

Al respecto, se registran evidencias que resultan coincidentes: según la CONEAU<sup>5</sup>, un escollo frecuente en la acreditación de carreras de postgrado lo constituye la insuficiente realización de tesis, mientras que para la Secretaría de Políticas Universitarias, la escasez de producción escrita de los investigadores resulta crítica para su categorización. En ambos casos se trata de falencias que tienen que ver con la escritura, ya sea con su insuficiencia o inexistencia.

Si son tan acuciantes y persistentes las demandas de productos escritos, merece la pena intentar averiguar por qué no se le destinan a la cuestión espacios curriculares adecuados en la formación académica de los científicos<sup>6</sup> sociales. Se pueden conjeturar distintas explicaciones, que a menudo se entrecruzan y superponen. A nuestro juicio, tres podrían ser las motivaciones principales.

En primer lugar, y retomando una argumentación ya anticipada, en diversas instancias de la comunidad científica institucionalizada existe de un modo manifiesto, aunque a veces latente, la suposición de que el desarrollo de la investigación es previo a la narración de la misma y que por eso mismo la instancia de escritura no forma parte de ella. Esto implica considerar al trabajo científico no como un *continuum*, sino como serie de etapas o de “pasos”, secuenciales, pero independientes el uno del otro.

En segundo término, se puede verificar la persistencia del esquema positivista, del paradigma de las ciencias naturales y biológicas, en las cuales el *modelo* comunicacional lo constituye la fiel transcripción de las mediciones/observaciones.

En tercer lugar, se debe tener en cuenta que se encuentra generalizada la suposición de que el perfilado de formación de recursos humanos en ciencias sociales debe estar orientado al adiestramiento académico y no al aprendizaje de un oficio.

La convergencia de los tres rasgos apuntados, establece un clima intelectual y una atmósfera académica en la que resulta hasta cierto punto normal, que no se prevean ámbitos curriculares, ni instancias de práctica y aprendizaje, dedicadas a la escritura.

## 3. Una liturgia oculta

<sup>4</sup> Caso del Programa de Incentivos de la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU).

<sup>5</sup> Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria.

<sup>6</sup> “Cientista”, es un término abominable, que proviene de una traducción abusiva del inglés, pero que en la actualidad goza de una amplia difusión.

Una de las maneras de aprender un oficio es observar como trabajan los maestros en su taller. Esto lo saben y lo practican herreros, pintores y arquitectos. Y aun la observación directa puede reemplazarse con la lectura de testimonios en que los creadores cuentan aspectos de sus procedimientos de trabajo. Los varios tomos de las célebres entrevistas de *The Paris Review*<sup>7</sup> muestran como muchos de los más connotados novelistas, poetas y dramaturgos del siglo XX abren la puerta de sus cuartos de trabajo para entregar generosos y detallados testimonios de los secretos de su oficio: sus costumbres caligráficas, horarios, rituales, certidumbres, vacilaciones... En fin, todo lo cuentan<sup>8</sup>.

No acontece algo semejante con otros productores de relatos: los sociólogos y cientistas sociales no acostumbran a dejar testimonios de sus procedimientos de trabajo en vinculación con la escritura. Y tampoco suelen hacerlo los exégetas de los autores sociológicos.

A título ilustrativo, podemos considerar algunos reconocidos aportes que tratan sobre la temática conceptual y metodológica de la producción de materiales académicos y científicos.

\* *El oficio de sociólogo*<sup>9</sup> de Bourdieu et al. Posee un título promisorio y pertenece a un autor admirable en varios aspectos. Sin embargo, a nuestro juicio, implica casi una suerte de ilusión editorial, ya que constituyendo una interesante recopilación de materiales epistemológicos, en sus páginas se halla ausente cualquier referencia a lo que se promete en el título, esto es, el *mettier*, el oficio de sociólogo.<sup>10</sup>

\* *La trastienda de la investigación* de Wainerman y Sautu (comps.)<sup>11</sup> es uno de los pocos ejemplos en nuestro medio de aportes que se sitúan en un nivel, por así decir, *metametodológico*, y en el que se presentan las reflexiones de cinco investigadores sobre problemáticas concretas del trabajo académico, desde la formulación de hipótesis hasta la búsqueda de las fuentes de financiamiento. Las compiladoras señalan que pretenden mostrar “la cocina del oficio, cuestiones de las que normalmente no hablan los artículos, libros e informes, y que, por lo tanto, son inaccesibles a quienes procuran formarse como investigadores” y que no tuvieron la oportunidad o la fortuna de formarse y aprender el oficio junto a maestros consagrados o más experimentados. Sin embargo, la problemática de la escritura no es abordada en sus páginas, y se podría considerar que tal ausencia no implica una omisión, sino, simplemente, que ella no se encontraba en el plan editorial de la obra.

\* Algo semejante acontece con la *Historia crítica de la sociología argentina* de H. González (comp.)<sup>12</sup>, atractivo volumen que rescata a “los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes” del pensamiento social de nuestro país y que está precedido por una sugestiva y controversial introducción de un centenar de páginas del compilador. Más allá de la presencia de diversos artículos sumamente interesantes, a los fines de este trabajo nos interesa destacar un tópico: posee entrevistas, y esto ya constituye un progreso, un avance hacia la carnalidad de los testimonios. Pero los au-

<sup>7</sup> Entre 1988 y 1998, la Editorial El Ateneo, ha publicado en español ocho volúmenes de las entrevistas que aparecían en la revista dirigida por George Plimpton.

<sup>8</sup> Además de las entrevistas de *The Paris...*, considerar, entre una diversidad de ejemplos, los testimonios de Rilke, Gardner o Coetzee.

<sup>9</sup> Pierre Bourdieu, Claude Passeron, *El oficio de sociólogo*, Editorial Siglo XXI, México, 1978.

<sup>10</sup> Por el contrario, *El trabajo del sociólogo*, de Juan José Castillo, Editorial Complutense, Madrid, 1994, no posee un título engañoso, ya que el libro se refiere a la materia prima y al objeto central de la Sociología del Trabajo, como es el propósito de su autor.

<sup>11</sup> Catalina Wainerman y Ruth Sautu (comps.), *La trastienda de la investigación*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1998.

<sup>12</sup> Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina*, Editorial Colihue, Buenos Aires, 2000.

tores entrevistados no son interrogados sobre lo que se podría denominar “cuestiones del oficio”, entre ellas, la instancia de escritura.

De tal forma, pareciera que los cuartos de trabajo de los sociólogos permanecen inaccesibles, y no se puede observar cuáles son sus ceremonias y rituales durante ese proceso litúrgico que es la escritura.

Sin embargo, recientemente, el panorama comienza a cambiar y es posible registrar valiosas reflexiones sobre los estilos narrativos en ciencias sociales. Entre tales contribuciones que indagan en los *modos de decir* y en los procedimientos caligráficos –que justifican un examen más detenido que excede las posibilidades de este artículo– deben mencionarse, entre otras, a las de Steimberg<sup>13</sup>, Forster<sup>14</sup>, Fernández<sup>15</sup>, Tasso<sup>16</sup> y Martínez<sup>17</sup>.

#### 4. La invención de genealogías

En el proceso de afirmación identitaria tanto los individuos como los grupos elaboran su filiación insertándose en linajes y genealogías. Por ello, Borges sostenía que a cada escritor le asiste el derecho –y a veces la obligación– de elegir o inventar a sus antecesores.

Resulta de particular interés examinar lo que ha acontecido en el campo de las ciencias sociales de Argentina en el establecimiento de genealogías dominantes y paradigmas retóricos. Diversos autores, pero particularmente Solari, Franco y Jutkowits<sup>18</sup>, en una obra ya clásica sobre la evolución de las teorías sociales en América Latina, describen las características que asumió hacia mediados del siglo XX el proceso de institucionalización de la sociología en la región. Dicho proceso<sup>19</sup>, cuyos representantes prototípicos fueron Gino Germani en Argentina, Florestán Fernández en Brasil y José Medina Echavarría en México y Chile, y que debe ser apreciado con perspectiva histórica, implicó el logro académico de incorporar los estudios sociológicos a la grilla universitaria y fue presentado como una ruptura epistemológica con el pasado. Según Medina Echavarría, la sociología a emprender debía consistir en una *teoría*, pero sobre todo en una *técnica*, y para ello resultaba insoslayable acentuar la diferenciación de los nuevos estudios sociales con la filosofía social y la especulación reflexiva, y alentar la realización de aportes cuantitativos con datos provenientes de la realidad social. En los hechos, la propuesta conceptual y metodológica de los “sociólogos científicos” significaba separarse radicalmente de la tradición ensayística<sup>20</sup> que hasta entonces, con sus luces y sus sombras, había sido el paradigma expresivo dominante.

<sup>13</sup> Oscar Steimberg, “Algunos espacios de discusión, en relación con la cambiante escritura de las ciencias sociales”, en *Sociedad* n° 23, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2004.

<sup>14</sup> Ricardo Forster, “La artesanía de la sospecha: el ensayo en las ciencias sociales”, en *Sociedad* n° 23, op. cit.

<sup>15</sup> Aníbal González, “El temor a la escritura: la literatura y la crítica literaria iberoamericanas ante un nuevo siglo”, *Ciber Letras*, n° 4, The Pennsylvania State University, 2002.

<sup>16</sup> Alberto Tasso, “Escritura, argumento y narración en el informe científico”, en *Trabajo y Sociedad*, n° 7, UNSE, 2004.

<sup>17</sup> Margarita Martínez, “Traducir, interpretar, escribir”, en *Sociedad* n° 23, op. cit.

<sup>18</sup> Aldo Solari, Rolando Franco y Joel Jutkowits, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, IL-PES-CEPAL, Editorial Siglo XXI, México, 1978.

<sup>19</sup> Proceso que, según los autores, comprende tres fases, no estrictamente secuenciales: i) pensadores o ensayistas, ii) sociólogos “científicos” y iii) sociólogos “críticos”.

<sup>20</sup> Sobre la significación del ensayo como género expresivo, ver Theodor Adorno, “El ensayo como forma”, en *Pensamiento de los confines*, n° 1, Buenos Aires, 1998 y Forster, op. cit.



La ruptura con dicha tradición fue un acto necesario, dotado de progresividad histórica en el desarrollo de la disciplina y que contribuyó a afianzar el status epistemológico de la Sociología; sin embargo, al implantar -¿cómo una consecuencia no querida?- el modelo comunicacional y discursivo del “proyecto de investigación” tuvo serias consecuencias en la esfera de nuestro centro de interés, esto es, la escritura.

Las postulaciones de los pioneros de la sociología científica, como todo discurso fundacional, exageraron los rasgos negativos del pasado, de la etapa presociológica. Fueron particularmente críticos con los valores y, fundamentalmente, con el tono expresivo del ensayismo, cuestionando su delectación en el cuidado de la forma, el uso de la primera persona, la ponderación de los hallazgos intuitivos...

La consolidación del cientificismo sociológico en el nivel universitario -en sus vertientes de “izquierda” y de “derecha”, y tanto entre los sociólogos cualitativos como cuantitativistas- tuvo como resultado que se haya educado a generaciones de alumnos en la obligatoriedad de utilizar un discurso comunicacional, que debía manifestarse a través de un lenguaje lo más objetivo, despojado y neutro posibles: *científico*, en una palabra. Por lo tanto, si la sociología debe tener como modelo de referencia la textualidad de los prospectos medicinales, no había que preocuparse en enseñar a escribir a los alumnos, ya que la escritura era un mero medio, y no formaba parte del proceso de producción sociológica.

En rigor, en la actualidad, el paradigma retórico de la expresividad, de las *maneras de decir* en ciencias sociales debe adecuarse a diversas prescripciones, como ser las vigentes para la presentación de informes ante el Conicet, las fundaciones y agencias de financiamiento, las pautas del Programa de Incentivos y las normas de publicación de las revistas especializadas.

El proceso creativo se convierte así en un repertorio de recetas y convenciones que deben ser escrupulosamente respetadas: formular hipótesis, que cada hipótesis esté acompañada de indicadores y dimensiones observables, usar tipografías en cuerpo 12 a doble espacio, colocar las citas y las notas al pie en los lugares adecuados...

Se ha generado así una suerte de *manierismo* en el discurso de la sociología y de las ciencias sociales en general.

Al comienzo de este artículo sugeríamos la conveniencia de que los sociólogos, en tanto productores de relatos, procuraran insertarse en una genealogía que incluyera a referentes de la disciplina como Weber, Marx y Germani, pero también a escritores como Flaubert, Borges o Piglia. Sólo se trataba de poner un ejemplo, y por eso se apelaba a nombres consagrados y casi convencionales de las ciencias sociales, pero quizás sin advertirlo se consignaba a tres autores literarios que se han caracterizado por ejercer una reflexión y una vigilancia profunda sobre el proceso de escritura.

En realidad, es posible propiciar diversas genealogías o, más bien, repertorios de nombres, para que cada sociólogo escoja sus antecesores. La variedad de propuestas puede ser cuantiosa, y a riesgo de incurrir, tanto en omisiones injustificables como en inclusiones imperdonables, vamos a enunciar nuestras preferencias dinásticas, nuestra versión del canon nacional.

- ✓ En el linaje de los pensadores sociales -sociólogos, cientistas sociales y ensayistas-, además de Sarmiento, Alberdi, Martínez Estrada, Canal Feijóo y José Luis Romero, incluimos a personajes disímiles pero que se caracterizan por la originalidad de sus planteos y la calidad de su prosa: Elizabeth Jelin, Beatriz Sarlo, Néstor García Canclini, Floreal Forni, Miguel Murmis, José Luis de Imaz, Tomás Abraham, Horacio González, Santiago Kovadloff, Eduardo Archetti, Javier Auyero.

- ✓ Entre los escritores, además del obvio<sup>21</sup> Borges, incluimos a Enrique González Tuñón, Roberto Arlt, Humberto Constantini, Leopoldo Marechal, Juan José Saer, Andrés Rivera, Ricardo Piglia, Antonio Dal Masetto, Juan José Hernández y Eduardo Berti. Pero, porque no sólo la buena prosa debe ser el abrevadero de los sociólogos, sino también los aportes provenientes de otros géneros, mencionaremos a dramaturgos como Griselda Gambaro, Roberto Cossa y Eduardo Pavlovsky, y a poetas como Raúl Gustavo Aguirre, Alejandra Pizarnik, Francisco Urondo y Juan Gelman.

Al escoger sus antecedentes filiatorios los sociólogos no deberían olvidar las potencialidades energizantes que proporcionan el mestizaje y la hibridación de géneros. Y, finalmente, tener siempre presente que existen ciertas obras a las que se les concede la perdurabilidad del clasicismo (v.g. *El 18 Brumario...*, *El suicidio*, *Dependencia y desarrollo en América Latina*), y que dicha cualidad se sustenta, sobre todo, en términos de Nisbet, en su *factura artística*<sup>22</sup>.

## 5. La sociología como género literario

Diversos autores (Sarlo y Altamirano<sup>23</sup>, Williams<sup>24</sup>) señalan que las diferencias entre géneros literarios se sustentan, básicamente, en *convenciones*. Otro tanto se podría postular acerca de las distinciones entre las diversas ciencias sociales; y también entre los diversos tipos de escrituras. Pero ahora nos va a interesar adentrarnos, ya no en las diferencias entre géneros, sino, por el contrario, en el solapamiento de géneros y discursos.

Jules Michelet sostenía que la historia formaba parte de lo que él llamaba *bellas letras*. La más contundente y persuasiva argumentación a favor de considerar a “la sociología como una forma de arte” fue formulada por Robert Nisbet<sup>25</sup>. La contigüidad y superposición de las ciencias humanas con la literatura, en el caso de Michelet se sustentaba en las afinidades estilísticas, pero en Nisbet se afirmaba no sólo en tales afinidades, sino también en la entonación moral y, sobre todo, en la factura artística de los hallazgos conceptuales y de las dimensiones expresivas de ciertas obras claves de la sociología.<sup>26</sup>

<sup>21</sup> En el caso de Borges, como en el de Sarmiento, la obviedad de su inclusión no está reñida con la justicia.

<sup>22</sup> César Vapñarky, quien fue un adelantado en materia de preocupaciones sobre la escritura académica –y cuya obra sobre el tema permanece lamentablemente inédita–, solía recomendar a sus alumnos y a sus amigos la lectura frecuente de los textos de Ortega y Gasset y Octavio Paz para adquirir “un clima de buena escritura”.

<sup>23</sup> Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, *Conceptos de sociología literaria*, Centro Editor de América Latina, 1980.

<sup>24</sup> Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, 1984.

<sup>25</sup> Robert Nisbet, *La sociología como forma de arte*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1979.

<sup>26</sup> Nisbet señala: “¿Quién se atreve a pensar que las *Gemeinschaft* y *Gessellschaft* de la tipología de Tönnies, la concepción weberiana de la *racionalización*, la imagen de la metrópoli de Simmel, y la idea sobre la *anomia* de Durkheim provengan de lo que hoy entendemos por análisis lógico-empírico? Formular la pregunta implica ya conocer la respuesta. Estos hombres no trabajaron en absoluto con problemas finitos y ordenados ante ellos. No fueron en modo alguno resolvedores de problemas. Con intuición sagaz, con captación imaginativa y profunda de las cosas, reaccionaron ante el mundo que los rodeaba como hubiera reaccionado un artista, y también como un artista, objetivando estados mentales íntimos, sólo parcialmente conscientes.”

Extendiendo las argumentaciones de Nisbet se podría decir que la sociología puede ser considerada como un género literario, a partir de sus dimensiones escriturales y caligráficas, pero también por sus exigencias, por su necesidad, de crear escenarios y territorios<sup>27</sup>, y, sobre todo, de generar perspectivas, miradas sobre el mundo, esto es, personajes.

La creación, constitución o redefinición de los sujetos colectivos, la configuración de identidades simbólicas, obedece a la misma lógica constructiva que en literatura se llama creación de personajes.

Shumway<sup>28</sup> sostiene que la invención de la Argentina es el resultado de narrativas –“ficciones orientadoras”, en sus términos- imaginadas por escritores del siglo XIX, fundamentalmente, Echeverría, Alberdi y Sarmiento. Tesis constructivistas semejantes pueden ser pregonadas, tanto para el orden social como totalidad (v.g. Hobbes, Locke, Berger y Luckman), para la historia (Hobsbawn), como también para dimensiones específicas de la sociedad: para lo que se conoce como constitución de actores o, más precisamente, de sujetos sociales.

Los sociólogos proceden como los novelistas, ambos crean, mediante la descripción, espacios y territorios. Y ambos crean identidades simbólicas: personajes, en el caso de los novelistas, y sujetos colectivos, en el caso de los sociólogos.

Personas soñadoras y con el seso sorbido por la lectura siempre existieron, pero dejaron de pasar desapercibidas, adquirieron identidad cuando se transformaron en Don Quijote, Emma Bovary y Adán Buenosayres; convirtiéndose no sólo en personajes auténticos, sino definiendo tipos humanos, referencias de estilos de personalidad. Estos casos, a los que se podrían agregar tantos, consistirían en ejemplos de influencias de la literatura sobre la realidad.

Pero también existen incidencias de la sociología sobre la realidad. Para ilustrar este último aspecto es posible enunciar algunos ejemplos, pertenecientes a la sociología argentina actual, de creación de personajes, es decir de identidades sociológicas. Así, en cierto sentido, se podría postular que el servicio doméstico es una invención de Elizabeth Jelin, los cortadores de rutas y los piqueteros de Javier Auyero, la familia rural de Floreal Forni. Una fecundidad especial en la creación de personajes es el caso de Eduardo Archetti: los chacareros, la cocina, los deportes, el tango, la masculinidad.

## 6. Recomendaciones institucionales y sugerencias retóricas

Estas notas han procurado resaltar la existencia de un serio problema en la formación de recursos humanos en sociología. Para comenzar a afrontarlo, parece conveniente rediseñar perfiles formativos y curriculares, tanto en los estudios de grado y, sobre todo, de postgrado, en los que debiera considerarse la problemática de la escritura y los modos de narrar en sociología, y, obviamente, no tan sólo desde una perspectiva teórica y conceptual, sino enfatizando en el nivel procedimental y de las prácticas de taller, donde la reflexión sobre los textos esté acompañada de la obtención de resultados, esto es, de productos escritos.

Al margen de las propuestas institucionales, sentimos la tentación de formular algunas sugerencias o, más bien, compartir ciertas vicisitudes con quienes deseen o sientan la obligación de escribir textos en ciencias sociales.

<sup>27</sup> Creación mediante la descripción, la *pintura* de ambientes y de atmósferas.

<sup>28</sup> Nicolas Shumway, *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Editorial Emecé, 2002.



Pensamos particularmente en los jóvenes. Una pregunta que ellos se hacen habitualmente, aunque en realidad se reitera a lo largo de la vida, es “cómo encontrar la voz y la entonación apropiada”, y una vez encontrada, cómo utilizarla, ¿usar la primera persona, la segunda del plural, o la distante y objetiva tercera persona? Es cierto que formularse demasiadas preguntas sobre las propias prácticas puede llevar, a veces, a la impotencia o a la esterilidad (Bourdieu, Geertz, y el mismo Faulkner advertían sobre estos riesgos), pero también, plantearse e intentar resolverlas, es un camino para acceder a la autoconciencia del proceso creativo y al dominio sobre las propias posibilidades. De esta manera se puede comenzar a diferenciar la producción de artículos académicos de la producción de embutidos.

Aún no existen, al menos en Argentina, manuales de estilo para quienes pretendan adentrarse en la escritura sociológica; no hay libros de autoayuda, ni de recetas de cocina sociológica; tampoco talleres de escritura como los de la Universidad de Iowa. Los aspirantes a sociólogos no disponen de ofrendas testimoniales, como las que recibieron los aspirantes a poetas (de parte de Rilke) o a novelistas (de parte de García Márquez o Vargas Llosa).

No obstante, se dispone de un repertorio de recomendaciones y buenos consejos, entre ellos: i) practicar la lectura, particularmente de los *clásicos*, de los padres fundadores de la disciplina, como una actividad regular y persistente, y realizarla, no sólo atendiendo a los contenidos, sino a las formas, a la textura del discurso, a los procedimientos narrativos; ii) encarar la escritura como práctica cotidiana, como exigencia litúrgica que hay que realizar todos los días, se tenga ganas o no, se esté inspirado o no, en todo caso, como se suele decir (y desear), que la inspiración llegue cuando uno se encuentra trabajando, y iii) llevar siempre en el bolsillo una libreta de notas, tal como lo recomendaban Wright Mills, Caplow y Martínez Estrada.

Quisiéramos agregar una recomendación adicional que está vinculada con las anteriores: hemos podido comprobar, en carne propia y en la de nuestros alumnos, los buenos resultados que se obtienen de los ejercicios paródicos, de la imitación de estilos, en escribir concientemente “a la manera de”.<sup>29</sup> En los periodos de formación en el oficio, tales prácticas resultan particularmente enriquecedoras y estimulantes, y, por otra parte, constituyen un ejercicio normal y de probada eficacia en el aprendizaje de actividades creativas tales como la música, la pintura y la novela.

Porque proponemos la necesidad de que la sociología sea asumida como un oficio, como una artesanía, y que a los alumnos no sólo se les enseñe y se los evalúe, sino que también se los adiestre, se les transfieran los secretos del gremio –las reglas del oficio--, también vamos a sugerir que ellos descrean de las retóricas y alienten un permanente espíritu de escepticismo, de desencanto sobre sus posibilidades expresivas: no sentirse seguro de nada, y, si es necesario, romper las reglas, pero antes hay que conocer las reglas. Es decir, saber las reglas del oficio.

La página en blanco es una amenaza permanente y un estímulo permanente. El bloqueo ante la página en blanco no se lo supera mediante la indagación conceptual o la reflexión teórica, sino a través de la práctica, violando la blancura de las cuartillas, escribiendo las primeras palabras. No hay que sentirse paralizado por el silencio: hay que roturar el cuerpo virgen del papel con palabras; luego, si es necesario, tacharlas. Pero ya ha comenzado la liturgia de la creación, y en cierto momento las palabras se presentan solas y ya no piden permiso para entrar. Son los momentos extáticos en que *la escritura se escribe*. Son los momentos que vivieron Marx en la biblioteca del British

<sup>29</sup> Parecería que la originalidad, la *autenticidad*, estaría reñida con esta propuesta; sin embargo no es así.

Museum, Sarmiento en un cuarto de hotel en Santiago de Chile, Weber en su despacho en la Universidad de Friburgo...<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> Y Arlt en el fragor de la redacción de *Crítica* y Borges caminando ensimismado por Palermo.